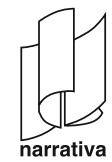


Cuentos Selectos



Fernando Josseau

Cuentos Selectos

© Fernando Josseau
© Pehuén Editores
María Luisa Santander 537, Providencia, Santiago
Fonos: (56-2) 225 62 64 - 204 93 99
editorial@pehuen.cl
www.pehuen.cl

ISBN 956-16-0407-8
Inscripción N° 49.299, 1979
N° 90.545, 1994
N° 110.285, 1999

Primera edición, junio de 2006

Producción Editorial
Pehuén Editores

Portada
Basada en la obra "Las vacaciones de Hegel", de René Magritte

Diseño y Diagramación
Olaya Fernández A.

Impreso en los talleres de
Imprenta Salesianos S.A.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Selección de cuentos escogidos de los libros

Chez Pavez
La posada de la calle Lancaster
Crónicas del absurdo



Nota del editor

LA PRESENTE EDICIÓN de “Cuentos selectos” corresponde al primero de los volúmenes recopilatorios de los mejores relatos de Fernando Josseau, escogidos de sus libros “Chez Pavez” (1979), “La posada de la calle Lancaster” (1994) y “Crónicas del absurdo” (2003). Su objetivo es introducir al lector en la riqueza literaria de este chileno nativo de Punta Arenas, prolífico y multifacético, ejemplificada en historias cuyo agudo sentido del humor describe las contradicciones del mundo contemporáneo.

A modo de información, se incluyen comentarios de diversos críticos acerca de “Chez Pavez” y “La posada de la calle Lancaster”, además de los artículos periodísticos que prologan este libro.

Esperamos contribuir con esta obra a la difusión de una de las plumas más sagaces de los últimos años, generalmente asociada a la dramaturgia, y que en las siguientes páginas muestra toda su destreza narrativa.

Fernando Josseau: “Chez Pavez”

Por Ignacio Valente

FERNANDO JOSSEAU ETEROVIC (chileno) me sonaba como dramaturgo. Con *Chez Pavez* incursiona en la narrativa, y de un modo brillante: nada tiene que envidiar a nuestros mejores y más maduros cuentistas actuales. Ni novela ni colección de cuentos, el autor define su obra como un “collage” sobre la vida contemporánea. Vagamente enlazados por un lugar, el Café Pavez, y tomando la forma de entrevistas, piezas de “teatro instantáneo”, conferencias de prensa, cuentos propiamente dichos, nouvelles, etc., estos 20 relatos fluctúan entre las 2 y las 60 páginas de extensión y de manera igualmente disímil alternan en sus temas el sexo, el psicoanálisis, el falso altruismo, el poder, la diplomacia, el jet-set, la prostitución, el donjuanismo, la crónica roja, la pintura, la música, etc. Esta enumeración pertenece al propio Josseau, quien agrega: “a través de una visión alucinante y sarcástica de la sociedad actual”. Por una vez podemos creer al propio autor, quien tampoco se equivoca al decir de su obra bajo la ficción de un supuesto prólogo ajeno, que “a la punzante crítica social añade el humorismo; a la sátira descarnada, una concepción moral de la existencia, y ante la crueldad, Josseau opone la risa como valor compensatorio”. Lo que no puede decir el propio autor, ni siquiera bajo la ficción de un prólogo apócrifo, lo digo yo: es un excelente narrador.

La presentación inicial del *Café Pavez*, en sólo tres páginas, es magnífica. En seguida se nos narra la entrevista de un escritor fracasado, para un magazine que se especializa en el género: sólo entrevistas de fracasados. El comienzo es divertido y ligeramente grotesco, pero muy pronto alcanza, en la exploración periodística del fracaso, una dimensión siniestra de gran efecto. A continuación se nos hace saber de dos cafés Pavez, idénticos, uno en París y otro en Nueva York, las dos ciudades donde transcurren todos

estos relatos. Los suspicaces podrán hablar de extranjerismo, desarraigo, afán cosmopolita. Pero ¿qué importa el escenario si la acción es óptima?

No lo es siempre, desde luego. El cuarto y el sexto relato exageran la nota grotesca hasta convertirla en una especie de fantasía escolar: un sujeto es asesinado en el tren subterráneo de Brooklyn a causa de la excesiva fealdad de sus zapatos, y un próspero empresario convertido a las ideas del socialismo utópico de Owen instala una gran oficina donde se paga muy bien a los empleados para que trabajen en... nada. Creo que estos dos cuentos de farsa desdican de la sutil ironía de los demás, y están de sobra en el libro. La calidad retorna en un breve relato acerca de un crítico de cine que comenta películas inexistentes, pero llega a su cumbre en el cuento siguiente, de más de 60 páginas —casi una nouvelle—, cuyo argumento es el secuestro de un embajador ante las Naciones Unidas, practicado por un famélico sujeto que, como si actuara en nombre de todos los hambrientos del mundo, cobra por la devolución de su víctima sólo 35 dólares, ante la consternación del país afectado, que, por razones de prestigio internacional, se empeña en pagar un millón de dólares por el rescate. El relato combina muy bien lo patético y lo ridículo, el sentido de la intriga y la crítica social implacable. El diálogo del pequeño raptor con su magnate secuestrado es una obra maestra.

Es natural que, en términos generales, el punto fuerte y la ventaja comparativa más alta de un dramaturgo en la narración sea el diálogo. Los parlamentos de sus personajes son incisivos, fuertes, ingeniosos, dinámicos, cáusticos, sardónicos, vivos. Pero esta no es su única ventaja relativa como hombre de teatro. También los caracteres están bien delineados; mejor dicho —puesto que la brevedad del relato no admite profundidad en el análisis psicológico— son caracteres vivos y palpitantes de realidad. En esta obra, los hombres se definen por lo que hablan; se excluye así la posible morosidad de los monólogos, las descripciones internas y las reflexiones. Todo cuanto no es diálogo —la ambientación, los antecedentes de los personajes, el escenario, las idiosincrasias, la atmósfera— o bien está dibujado con esos rápidos brochazos o indicaciones que el dramaturgo usa para aclimatar los parlamentos, o bien está dado implícitamente en los diálogos mismos.

Esta calidad sólo se interrumpe cuando, aquí y allá, el autor se tiente como narrador y describe lo que no necesita ser descrito por que es obvio de suyo. Así, por ejemplo, cuando después de “un pesado silencio”, agrega: “La sensación de absurdo, desvarío e incongruencia electrificaba la atmósfera de la sala”. ¿Para que decirlo, cuando esa atmósfera ya está dada en la acción o el diálogo? ¿Es necesario acotar que “de súbito, se produjo algo increíble” cuando es de veras increíble lo que se produjo? La lectura se resiente con estas redundancias, que delatan tal vez al dramaturgo demasiado consciente de estar en un género distinto. Guardo también cierta reserva hacia algunos entusiasmos del autor que, en pleno diálogo, hace decir a sus personajes lo que no les cuadra del todo: parlamentos como los del embajador cuando describe su gran vida, o los del artista extranjero que se embriaga denunciando lo turístico-publicitario de París, hasta un extremo que delata al autor más que al personaje mismo.

Por ordenar de algún modo la gran variedad formal y temática de los relatos siguientes, cabe integrarlos en tres categorías. Muchos de ellos tienen como personajes a artistas: pintores, pianistas, gente de teatro, escritores. Para un escritor, esta elección suele ser una limitación: demasiada literatura sobre la literatura. En el caso presente, sin embargo, se trata de un factor positivo, porque pocas veces se asiste a una revelación tan despiadada de la vanidad, la neurosis, la mezquindad, la histeria o la megalomanía de los hombres de arte. La crítica está hecha desde el interior y es magnífica. Una segunda serie de relatos se construye sobre la inversión del orden habitual de las cosas: el sacerdote que se confiesa con el penitente en una confidencia amarga y terrible, el psiquiatra que cuenta sus sueños impresionantes al asombrado paciente... Esta inversión y el gran efecto de lo insólito son, más que el carácter de algunos relatos, la tónica general de la mayoría de ellos, comenzando por la entrevista del fracasado. Por último, la descripción de pequeñas piezas de “teatro instantáneo” en la sala ad hoc del Café Pavez presenta a Josseau en su propia salsa. Las seis páginas de “La vida íntima de Salus Matus” son, por ejemplo, de una fuerza tremenda. Presumo que Josseau es un buen dramaturgo, pero aseguro que es un gran narrador.

Los mundos paralelos de Josseau

Por Miguel Arteché
Premio Nacional de Literatura

ALGUNOS HOMBRES PÚBLICOS, en general, temen al absurdo y a la verdad, según se desprende de *La posada de la calle Lancaster* (Editorial Los Andes, 1994), cuentos de Fernando Josseau. Sobre todo a la verdad, aunque es posible que las mujeres públicas no teman a la verdad y al absurdo. En este caso, ellas viven de la verdad, que no ocultan, y del absurdo, que practican, sabiendo que el absurdo consiste en que serán perdonadas mientras Cristo escriba en la tierra. Los maestros de la ley, ya se sabe aunque se olvida, son los que no quieren que Cristo escriba en la tierra, y cuando Cristo lo hace, como buenos fariseos, terminan por huir.

El mundo está lleno, hasta el occipucio, de fariseos. Fariseos que tienen miedo a la verdad; fariseos para los cuales el absurdo es algo normal; fariseos que se ponen a rezar después de haberse cargado a un prójimo; fariseos que con voz conventual deciden que lo malo es bueno, lo bestial angelical, lo necio inteligente; fariseos que están muy preocupados y obsesionados por los pecados que se cometen en la cama, pero no con los pecados que se cometen detrás de la ventanilla de un banco; fariseos que practican, como escribe Josseau, la “patología figurativa”. Son, como yo los llamo, artistas de la figuración. El arte de la figuración suele ser practicado por ciertos hombres llamados públicos. Donde aparece un fotógrafo, allí están ellos; donde surge una cámara de televisión, ponen de inmediato el tafanario; corren tras los órganos de comunicación, tal vez porque carecen de órganos. Con tal de ser famosos son capaces de cargarse a su tía. Todo lo hacen, como dice el Evangelio, para que la gente los vea. Según los parámetros de hoy, ser famoso es ser “notable” en cualquier campo. Pero la fama, como se entiende ahora, dura poco.

Decía Borges que, tal como están las cosas, todos vamos a ser famosos durante cinco minutos.

De tal manera que cuando se dice que Fernando Josseau ejecuta el absurdo, no se sabe bien lo que se dice. Josseau es un cronista de este mundo, y relata mundos que parecen o son mundos paralelos; no hace sino reflejar el universo de fariseos que vuelan por todos los cielos del planeta. El problema es que los personajes de Josseau encarnan ciertos hombres públicos de este mundo, normalmente absurdos; ellos predicán el humor negro, les gusta, se refocilan con él, quizá porque les trae más poder y dinero. Y cuando se afirma que Josseau es un francotirador, el que lo afirmó cometió otro absurdo. Josseau no es francotirador; es un tirador franco.

El absurdo es un hecho repugnante a la razón. Nuestro mundo abunda en hechos repugnantes a la razón. Sólo que parecen normales, y en esto consiste el truco del Demonio. Alguien se indignó por ese relato que se llama “*Mefistófeles en persona*”. Es la pérdida de la inocencia, que el Demonio quiere siempre; pero no sabemos si en este caso se perderá y los niños se convertirán en malvados. Hay, en estos cuentos, un hombre que desea morir en inglés, con la bandera británica a media asta, a pesar de que el tipo es chileno y vive en Santiago. Hay una casa de cristal a la que no pueden entrar algunos bellacos, aunque no se trata de la Jerusalén celestial porque los que allí viven son también bellacos. Hay un hombre que es una carta. Hay delitos que se castigan hoy, pese a que se cometieron en el futuro. Hay un millonario que reúne a los mejores periodistas del mundo, y los paga muy bien, pero solamente permite que se publique un solo ejemplar. Un dictador ama tanto a su prisionero, que ordena que se lo fusile todos los días, pero con balas de foguero. Hay el ganador del Premio Nobel de Literatura, un sueco de ochenta años, que comienza a leer su discurso, durante la ceremonia de entrega del Premio, pero pronto se aparta del discurso para improvisar y decir la verdad. Pero nadie quiere oír la verdad. El anciano se pregunta para que puede servir el Premio Nobel a esa edad. Está decrepito, ni siquiera puede follar. El Rey vocifera. El Ministro de Educación transpira.

Los consejeros llaman a la policía. El embajador de Francia y el rector de la Universidad se retiran; la esposa del Primer Ministro sale tras ellos. ¿Por qué? Porque el Premio Nobel ha dicho la verdad, y nada más terrible que a uno le digan la verdad.

¿Que ocurriría, por ejemplo, si uno de los setenta y siete candidatos chilenos al Premio Nobel de Literatura lo recibiera? ¿Sería capaz de decir la verdad ante el Rey? Si un anciano de noventa años fuera el tercer Premio Nobel de Literatura de Chile, ¿le gritaría al Rey para qué quiere el Premio si, como dice el escritor sueco, padece de impotencia eréctil?

El mundo alucinante de estos cuentos lo es porque todo Occidente es alucinante. Y lo es Chile, salvo que a un patriota a la violeta se le ocurra asegurar que vivimos en el planeta Marte. Abundan los que dicen que hay que hacer tal o cual cosa, y sólo alcanzan a nombrar a una comisión, la cual a su vez nombra una comisión, para terminar todo en una parillada. Abundan los que hablan de solidaridad, pero sólo para su bolsillo. Abundan los arribistas que trepan por cualquier cosa que se les ponga por delante. Abundan dentro y fuera de estos relatos. Es todo un mundo de la picaresca nacional e internacional donde follan, vociferan, lloran, matan, roban, mienten, trapalean, fingen, engañan, malversan, despilfarran, justifican sus propios disparates. O sólo se muestran gozosos de su poder y no de su amor auténtico por los pobres. En lugar de decir: “contento, Señor, contento”, dicen: “afanando, Señor, afanando”. Pobres santos, si no fuera por ellos el mundo habría estallado hace mucho tiempo.

Los cuentos de Josseau se leen con la admiración que uno siente ante aquél que sabe narrar, virtud que poco a poco se ha ido perdiendo en nuestro medio. Es la experiencia que le ha dado su oficio de dramaturgo. Narrar, lo que se llama narrar, parece, a ciertos novelistas y cuentistas, grave delito porque para ellos una buena novela debe ser aburrida. El destino de Josseau es cantar las cuarenta, y cantarlas con arte, sin que para hacerlo sea necesario dormir a la gente. Cierta novelista hace alarde de dormir a sus lectores, pero no sabe como despertarlos. Por supuesto los hay que narran bien, pero narran sólo pijoterías más o menos cursis. Narrar es narrar bien, y no pendejadas.

El último de estos cuentos carece de esperanza; por su final podría recordar algunos asesinatos en masa que promueven discípulos de Belcebú. Pero no es Josseau el que los invoca. Josseau no hace sino retratar la desesperación de muchos en un crepúsculo no precisamente de los dioses.

Hay un relato que, por lo menos para mí, puede señalar a Josseau un camino de salida para este mundo que no parece tener salida. Se trata de “Nicole”, cuento muy fino, nostálgico. La ciudad de París se desvanece para siempre, como Nicole, en el espacio y en el tiempo, que no son de este mundo. Pero a pesar de haber desaparecido permanecen en la memoria. Es un Josseau distinto. Después de todo, esta vida no es sino una posada donde uno vive por breve tiempo, y *La posada de la calle Lancaster* admite que en este cuento el amor permanezca. Dicho de otra manera, a la esperanza del amor a través de la desolación.

La posada de la calle Lancaster

Por Eduardo Guerrero

La Segunda, Jueves 13 de octubre de 1994.

QUIENES HEMOS TENIDO la ocasión de presenciar algunos de los montajes basados en obras dramáticas de Josseau (*El prestamista*, *La mano y la gallina*, *Su excelencia el embajador*, entre otras), constatamos la existencia de constantes que el escritor también utiliza en esta colección de dieciocho relatos, aparecidas además en su anterior libro narrativo *Chez Pavez* (1980). Nos referimos –en lo primordial– a una sutil crítica social, a un buen manejo del humor negro y a una preeminente atmósfera de absurdidad.

En términos generales, independiente de las diversas temáticas, *La posada de la calle Lancaster* posee una estructura uniforme en la intencionalidad narrativa y tiene los elementos propicios para atraer, desde un comienzo, al lector. Así, sin dejar de lado la predilección por determinados cuentos –entre los que destacamos “La posada de la calle Lancaster”, “La mansión”, “Mefistófeles en persona”, “La ceremonia”–, el conjunto es de un alto nivel, dando claras muestras de dominio del oficio (tanto en lo descriptivo como en la utilización del diálogo), que se traduce en un lenguaje envolvente y de gran eficacia narrativa.

Por ejemplo, en el cuento que le da título al volumen, se encuentran en la mencionada posada personajes tales como Jean Paul Sartre (mozo que tiene una esposa analfabeta, llamada Simone), Stravinsky (pianista borracho), Rockefeller (dueño de la posada), Hitchcock (dibujante), en momentos en que se le ha otorgado el Premio Nobel de la Paz a Hitler, por su defensa de los judíos; de esta forma, el relato se sostiene por este juego dialéctico entre la historia y la realidad y, en consecuencia, por el humor inherente a la esencia de los propios: personajes. En “La mansión”, asistimos a una “fiesta, insólita que flotaba en el interior del bunker de vidrio”, ante la desmedida obsesión de una pandilla por ingresar en ese

espacio misterioso, donde la lujuria, el suspenso y el erotismo se transforman en los motivos recurrentes. “Mefistófeles en persona” nos presenta a un caballero en un parque, con “una leve sonrisa lasciva y sacrílega”, quien se imagina a un inocente niño cuando éste sea ya mayor. Finalmente, en “La ceremonia”, un escritor sueco –anciano de 80 años– recibe el Premio Nobel de Literatura y su discurso rompe todos los cánones protocolares, con el consiguiente escándalo social.

En síntesis, *La posada de la calle Lancaster* es uno de los buenos títulos publicados este año, con un escritor que ha dado suficientes muestras de calidad literaria.

La Feria y los Libros

Lento y seguro escritor

Por Enrique Lafourcade

El Mercurio, Domingo 20 de noviembre de 1994.

EL ÚLTIMO LIBRO DE ESTE VELOZ recuento es *La posada de la calle Lancaster*, escrito por Fernando Josseau, nacido en Punta Arenas, discípulo de Margarita Xirgú, autor de obras teatrales de gran éxito como *El Prestamista*, que se divulgó por toda América. Y de cuentos y sátiras donde exhibe sus virtudes: reposo, palabra exacta, control de diseños narrativos. Hoy, estos cuentos. Viene a mi memoria Enrique Bunster. Un lenguaje claro, diálogos perfectos, situaciones que bordean el absurdo y la magia. Bunster y Juan Tejada. Elegancia. En las antípodas de la obra de Sutherland. Josseau tiene otro mérito, sus trabajos escapan de los simplificados entornos costumbristas, volando hacia unos lectores de cualquier parte. No hay metalenguajes ni bajadas al fondo de la chilenidad. “El Hombre que Murió en Inglés” revela parte de su método. Los años de silencio le han dado poderes. Una obra que debe ser leída.

Un cosmopolita

Por Camilo Marks

La Época, Domingo 18 de diciembre de 1994.

Los relatos de Josseau tienen un plan preciso, acabado y ejecutado con una depurada técnica literaria. La originalidad de los temas, la seguridad en el detalle narrativo e idiomático y la sólida y amplia formación cultural que se advierte, hacen que su lectura sea siempre grata.

FERNANDO JOSSEAU es un caso notable en la literatura chilena y ya ocupa un lugar destacado en la historia del teatro nacional. El monólogo dramático *El prestamista* (1956) debe ser la obra teatral de autor chileno que ha tenido el éxito más resonante de que se tenga memoria y así lo atestiguan las más de diez mil representaciones que obtuvo en Chile, el continente americano y Europa, cuando electrizó a más de dos generaciones de aficionados al teatro. Después siguieron *La mano y la gallina*, *Su Excelencia el Embajador* y *Alicia en el país de las zancadillas* que, aunque no atrajeron tanto público como el primero, son ya clásicos de la hoy alicaída escena nacional.

En 1980 Josseau publicó *Chez Pavez*, su primera colección de cuentos, la cual hizo exclamar a Ignacio Valente que el escritor, conocido hasta la fecha sólo como autor teatral, “es un excelente narrador”. Hemos debido esperar catorce años para leer *La posada de la calle Lancaster*, su segundo libro de relatos recién aparecido.

Demora justificada

Si todos los escritores chilenos se tomaron tanto tiempo para elaborar sus cuentos tendríamos menos libros publicados, pero la producción literaria nativa –sobre todo en el difícil y engañoso género cuentístico– detentaría una calidad superior.

Como se sabe, casi todos los días del año las editoriales conocidas y las otras lanzan al exiguo mercado nacional apresuradas selecciones de breves pasajes en prosa que muchas veces no pueden llamarse cuentos, por lo que la singularidad de Fernando Josseau resalta con relieve.

Nada de lo que este autor produce es azaroso, descuidado o escrito por puro afán gratuito. Todos sus relatos se hallan presididos por un plan preciso, acabado y ejecutado con una depurada técnica literaria, resultando toda una rareza en nuestro medio. La originalidad de los temas, la seguridad en el detalle narrativo e idiomático y la sólida y amplia formación cultural que se advierte detrás de cada página hacen que su lectura sea siempre grata. El autor es, además, uno de los pocos auténticos cosmopolitas entre los escritores chilenos, lo que se traduce en que no pone al lector ante incómodas dudas cuando se traslada, con absoluta soltura, desde el territorio nacional a una ciudad europea o norteamericana, donde parecería haber vivido siempre.

Por cierto, no todos los cuentos de *La posada de la calle Lancaster* son perfectos y aunque no podría decirse que ninguno de ellos es de mala calidad, hay una media docena que sobresale notablemente entre los 18 comprendidos en la antología.

A juicio de este crítico, hay tres narraciones excepcionales en cuanto a historia y estilo: “El prisionero”, “La justicia ante todo” y “El testimonio”. El primero narra la sobrenatural vida del asesino escocés Osvald Heckel, condenado a presidio perpetuo en 1723 y cuya existencia, encerrado en la cárcel del pueblito de Sutton, se prolonga más allá de todo límite razonable.

En el segundo de estos relatos, el Fiscal Francisco Golman es el protagonista y es víctima del Departamento de Criminalidad Presunta, organismo que persigue determinar los delitos futuros que cometerán las personas y, consecuentemente, procesarlas y encarcelarlas; al igual que la historia anterior, la divertida anécdota es una parodia de la justicia y, en última instancia, una reflexión sobre el absurdo de la condición humana. Y en el último de estos cuentos entra en acción el multimillonario Joe Mason Baldomero quien emplea todos sus recursos para fundar el mejor diario del mundo... que saldrá en un solo ejemplar.

Algunos más

De variada extensión, la mayoría de las narraciones no sobrepasa las diez páginas, pero, aunque Josseau nos entregue algunas historias muy breves,

casi viñetas, siempre tiene algo que decir en ellas y no cae jamás en los esquemas de media hoja de balbuceos prosísticos tan en boga actualmente en las antologías de cuentos. “La carta”, “La familia Parkinson”, “El predilecto” y “Mefistófeles en persona” son, especialmente en el caso del último, ejemplos de relatos que narran buenas anécdotas con economía de medios.

Otros títulos también destacables son “El hombre que murió en inglés”, “Vidas paralelas”, “La ceremonia” y “La posada de la calle Lancaster”.

En el primero de ellos, un chileno de tomo y lomo, a quien le anuncian que padece una enfermedad terminal, decide transformar íntegramente su vida y morir en inglés. Aunque el dicho no se menciona, Josseau lleva la creencia de que somos los ingleses de Sudamérica a su extremo más absurdo e hilarante (porque es conveniente tener presente que el noventa por ciento de los británicos no tiene idea sobre Chile y ninguno de ellos sospecharía jamás que nos creemos sus iguales por estas latitudes). Un discurso increíble de recibir el Premio Nobel o una paradoja sobre la carrera literaria de un escritor constituyen la temática de los otros relatos que señalamos, en tanto el que da título al volumen y encabeza la selección asigna a Jean-Paul Sartre el rol de camarero, a Stravinsky el de pianista borrachín y al Hitler el de un bondadoso gobernante que promueve la concordia social y el respeto por los derechos humanos.

Como ya lo dijimos, no todos los cuentos de este volumen son igualmente logrados (sobre todo “La mansión” y “Los pordioseros”, que es bastante incomprensible). Pero el conjunto es ampliamente satisfactorio y leer a Josseau es un placer. Es entretenido, inteligente, culto, sofisticado y siempre sorprende. ¿Qué más se puede pedir? Que escriba más seguido.

Cuentos Selectos



Su Excelencia el Embajador

LA TELEFONISTA CONTESTÓ:

—Departamento de Policía.

La voz dijo:

—Quisiera hablar con el Director del Servicio.

—¿El Director del Servicio? —preguntó la telefonista. Vaciló un segundo y agregó: —¿Con qué persona exactamente desea hablar?

—Creo que lo dije claramente, señorita; con el Director de Servicio.

Con el Jefe.

—¿No sabe usted su nombre?

—¿Por qué tendría que saberlo?

La voz era algo asmática, inquieta y hablaba en un tono apremiante con un ligero jadeo.

—¿De parte de quién? El es una persona muy o...

—Ocupada —remató la voz irónicamente—. Me lo imagino. Yo también estoy muy ocupado ahora... “y deseo hablar con él en seguida y personalmente”.

La voz se había tornado más segura y decidida y habló esta vez más rápido.

—Le comunicaré con uno de sus ayudantes —dijo la telefonista.

—No quiero hablar con ningún maldito ayudante. Quiero hablar con el Jefe en persona y *usted me va a comunicar con él*.

Había sido una verdadera orden.

—¿Me da su nombre, por favor?

—No tengo por qué darle mi nombre.

Hubo una pausa desconcertante.

—Muy bien —dijo la telefonista—. Le comunico en seguida.

A pesar de los bromistas y de los chiflados, la muchacha intuyó algo extraño en aquella voz. Presionó el timbre de la central de grabaciones y

una máquina comenzó a registrar la llamada. En seguida conectó con el citófono de uno de los ayudantes del Director del Servicio.

—¿Teniente Spencer?

—Con él.

—Un desconocido desea hablar con el Jefe.

—¿De qué se trata?

—No ha querido decírmelo. Tampoco me ha querido dar su nombre.

Hay algo raro en esa voz.

—Un excéntrico más que llama desde una caseta pública.

—¿Está grabando?

—Sí, señor.

—Comuníqueme con él —dijo el teniente con un dejo de fastidio.

—En seguida, señor.

—¿Sí...? —preguntó la voz del teniente disponiéndose a analizar el sonido de aquella voz. Siempre, después de todo, había un margen de duda... Podía tratarse de un loco, un imbécil, un bromista o, también, un caso importante.

—¿Aló? —dijo con naturalidad.

La voz respondió:

—¿Con el Jefe del Servicio?

El teniente computó mentalmente la primera sensación producida por aquella voz algo asmática, que hacía un evidente esfuerzo por mantenerse serena. Tomó unas ligeras notas en un block de apuntes. Aunque escuchara posteriormente esa misma voz cientos de veces en la grabadora, la primera impresión era fundamental para él.

—Habla usted con su ayudante.

—¡Cabrona! —exclamó la voz más ronca y áspera esta vez—. Le dije claramente que deseo hablar con el Jefe.

—Está en una reunión muy importante...

—La reunión que va a tener después de escucharme a mí va a ser más importante todavía.

—Si usted me explica de qué se trata, no tendré inconveniente en comunicarlo con el Jefe.

—Llamaré dentro de unos minutos... desde otro teléfono. Dígale a sus sabuesos que no pierdan el tiempo detectando esta llamada.

—Mire, lo mejor que podemos hacer... —había alcanzado a exclamar el teniente, cuando el auricular fue colgado al otro extremo de la línea.

—¿Aló? ¿Aló? —repitió el teniente, pero no hubo respuesta.

Irritado consigo mismo, seguro de haber cometido un error, dio instrucciones a la central telefónica para que en cuanto llamara la misma voz, siguieran grabando y le avisaran de inmediato. A través de uno de los citófonos ubicados en el amplio escritorio, ordenó que le trajeran la grabación. Enseguida, pidió que le comunicaran con el Jefe. Mientras aguardaba la comunicación, tenso y concentrado, encendió un cigarrillo; el sonido de aquella voz débil y asmática le zumbaba en el oído como un moscardón.

El Jefe había tenido otro pequeño ataque de ira.

—¡Les he dicho hasta el cansancio que no puedo pasarme la vida escuchando las llamadas de cualquier cretino que anda suelto por esta maldita ciudad! —había gritado.

—Bien, señor —había agregado el teniente—. Analizaremos la cinta detenidamente y esperaremos que vuelva a llamar.

Ahora, ante la grabadora, el teniente escuchaba aquella voz y sus propias réplicas.

—“¿Con el Jefe del Servicio?”.

—“Habla usted con su ayudante”.

—“¡Cabrona...! Le dije claramente que deseo hablar con el Jefe!”.

—“Está en una reunión muy importante”...

—“La reunión que va a tener después de escucharme a mí va a ser más importante todavía”.

El teniente detuvo la grabadora y se volvió al foniatra que estaba de pie a su lado con un vaso de agua en la mano.

—¿Qué me dice de esa frase, ah?

El foniatra guardó silencio sopesando y midiendo mentalmente sus sensaciones. Habían escuchado la grabación una docena de veces.